

Presentación

El pensar humanístico se ha expresado desde sus comienzos —sin duda en la Grecia antigua, pero también en otras latitudes que no dejaron de expresar ideas y preocupaciones frente a la existencia humana— como una interrogación constante no solo sobre lo “propio” del hombre, sino también sobre aquello que nos constituye en nuestra *relación* con el tiempo, el espacio, la naturaleza, la materia, etc., es decir, un caudal de elementos que no son nuestra obra y que, por ello mismo, nos hacen dudar de que exista, en sentido estricto, algo “propiamente humano”.

Como lo expone Paul Virilio¹ en un libro dedicado a los desplazamientos y la velocidad: el ser humano y la cultura se formaron en el trayecto, en la conquista de tierras y espacios, pero también dejándose invadir por climas, alimentos y aires de cada lugar. En este talante, preguntarse por lo propiamente humano implica hacer un rodeo por todo lo que no le es propio, pero que a la vez lo constituye y delimita. Por ejemplo, apelando a una clásica dicotomía antropológica, la naturaleza ha solido ubicarse como aquello que se antepone a la cultura; con todo, esta solo pudo conformarse a partir de aquella, mientras que el mundo natural solo nos significa algo cuando lo interrogamos desde una postura humana, sea filosófica, religiosa o científica. De esta manera, lo propiamente humanístico lo descubrimos cuando comprendemos que esa propiedad descansa en todo aquello que, de principio, parece no ser propio: el cosmos, la naturaleza, la vida, etcétera.

Los textos que componen el segundo número de 2015 de *Contribuciones desde Coatepec* reúnen precisamente esta característica: son una reflexión de lo humano a partir de aquello que parece no serle propio en principio. Tal desajuste entre lo que definimos como “propiamente humano” y lo que constituye esa propiedad —de talante ciertamente impropio— ha sido material de debate para incontables reflexiones en torno a los más variados problemas; por ejemplo, la coincidencia entre nuestras teorías y la realidad, entre la naturaleza y lo que teorizamos de ella. Yolanda Cadenas, en “Conexiones físicas entre teoría y realidad: la conexión espacial de la física clásica”, retoma este problema, a saber: cómo es que las teorías físicas, en particular las de la física clásica, lograron vincular la

¹ (1997) *La velocidad de liberación*, Buenos Aires, Manantial.

realidad externa y las teorizaciones sobre la misma. Para la autora, el vínculo establecido descansa en una intuición espacial sustentada en la geometría euclídea, lo cual permitió dar lugar a una cierta forma de representacionismo pictórico que garantizaba la coincidencia entre nuestras percepciones y su figuración.

Paralelo a las complejas relaciones entre naturaleza y teoría se encuentra la no menos sencilla imbricación entre naturaleza e historia, naturaleza y ética. En “Economía de la naturaleza: concepto central para la ecología del siglo XIX”, José María Aranda nos introduce en un recorrido histórico por el concepto de “economía de la naturaleza”, término central en la Europa del siglo XIX que permitió vincular las concepciones del antiguo régimen en torno al mundo natural, con las aceleraciones que produjo el avance del capitalismo y la economía industrial. En muchos sentidos, este concepto abre preocupaciones que van a distinguir al tema ecológico en sus comienzos.

Todo acercamiento humano a la naturaleza ha derivado, casi invariablemente, en algún tópico o problematización, sea de talante filosófico o religioso. La literatura no ha sido la excepción, todo lo contrario. En “El fuego y los vínculos cosmogónicos en ‘Ala del sur’ de Efraín Bartolomé”, Heber Sidney Quijano realiza un interesante análisis intertextual de este poema del literato chiapaneco, nacido en 1950. Para Bartolomé, la principal función de la poesía es *mostrar a los seres humanos su dimensión divina*. “Ala del sur” muestra esta vocación hacia lo divino, haciendo necesario un rodeo por el cosmos y sus elementos. En particular, el fuego ejerce en el poema la imagen privilegiada del carácter ambivalente del cosmos: terrorífico y majestuoso a la vez, escalofriante y festivo al mismo tiempo. Este cierto carácter paradójico que constituye la relación entre el cosmos y el ser humano y, por ende, de todo gesto sacro que pueda derivarse de esta relación, no están eximidos de tal carácter ambivalente. Todo lo sagrado abre en el ser un umbral de indiscernibilidad entre lo puro y lo impuro, lo propio y lo impropio.

En “‘Eran dados a las fiestas’. El universo festivo de los indios novohispanos bajo la Ilustración, ¿supresión o vigencia de un fenómeno de larga duración?”, Antonio de Jesús Enríquez nos introduce en el mundo festivo de los indios en el siglo XVIII en la Nueva España. Frente a todas las interdicciones oficiales que venían tanto de la península como de la Iglesia, y que trataban de impedir el exceso de festejos religiosos y los excesos cometidos en estos, los feligreses —frecuentemente con la pleitesía de los párrocos locales— recurrieron a un sinfín de estrategias para continuar, a su manera y bajo sus propios códigos, las fiestas sacras.

Los usos y representaciones de la carne y los excesos siempre han sido materia de preocupación para el poder, sea laico o religioso. La pintura, la escultura y las artes en

general han gozado también de un estatus ambivalente que permite, tanto enaltecer la ley y las buenas costumbres como retarlas y cuestionarlas. José Luis Souto y Fernando Ciarra, en “Cuerpo e historia. El marco referencial de los modelos hispánicos”, realizan un recorrido histórico-pictórico por algunos ejemplos icónicos de la pintura hispana, fundamentalmente entre los siglos XVI y XVIII. Figuras y valores ligados al poder y también a aquello que lo cuestiona fueron representados de las más distintas maneras, dando lugar a verdaderas figuras paradigmáticas, como “el héroe desnudo”, “el cuerpo del dolor” o “el cuerpo fraudulentamente vestido”; todas expresiones de ajuste y aspiración a cumplir con los valores más altos, o bien, como reto a los mismos en forma de parodia y exceso.

Continuando con el tema de la carne y sus representaciones, Laura Judith Becerril, en “*La carne de René* de Virgilio Piñera, una mirada desde el esquizoanálisis de Gilles Deleuze y Félix Guattari”, expone un interesante análisis de esta novela del escritor cubano, a través de la propuesta filosófico-literaria de estos dos importantes pensadores franceses. El principal objetivo del artículo es mostrar el carácter de “literatura menor” que se expresa en dicha novela, es decir, una forma de escritura que abre nuevos derroteros de pensamiento y de experiencias al hacer una crítica a las líneas duras o molares de la sociedad, así como al proponer nuevas formas expresivas y narrativas que cuestionan la “lengua mayor”. Se trata, en suma, de una novela que permite una forma de “devenir menor” al abrir nuevos significados y nuevas percepciones.

Cerramos este número con un documento trascendente en el que se registra la importancia artística y curricular de la formación musical en el ámbito de las artes escénicas. En “El fenómeno de la musicalización como una herramienta de expresividad artística en el contexto de la obra teatral”, Horacio Rico y Marina Romanova nos muestran una compilación y un análisis fresco —a través de distintos testimonios y experiencias— de la musicalización de obras de teatro en el periodo que va de 1995 a 2010 en el quehacer cotidiano y creativo de la licenciatura en Artes Teatrales de la Facultad de Humanidades de la UAEMéx.